

## VI

### La devota lectura de libros orientales

Al ver de nuevo a Juan Durgel (imagínate la carajada de años que han pasado) Fífila, que andaba por su décimo lustro, sintió que en lo más íntimo de su libido renacía palpitante su procaz entusiasmo sexual por el fornido hermanastro sin darse cuenta de que las aventuras de éste en el mar lo habían forjado y transformado en un bergante sin Dios ni Ley.

—Lo que primero debo hacer —pensó este— es darle coba a la madre para que, seducida por el disfrute que he de darle, me confíe a mis sobrinas, que están a la medida de mi hambre.

—Dime, Fífila, después que practicaste las posiciones yogas con el hindú, supongo que seguiste fogueando.

—No seas tan mal pensado —repuso ella—. Siempre he sido una mujer muy honesta. Cuando el culí se fue yo no hice votos de castidad ni me entretuve rezando por su pronto regreso. Ya tú sabes que rey muerto, rey puesto. Como sereno en el morro lo reemplazó Polín, martiniquello con el que me gustaba hablar en **patois**, dialecto que yo había practicado con mi mamá en la fonda de Matachín. Polín era una especie de chombo albino, pecoso y borrachín. Se pasaba la vida metido en mi boliche bebiendo chicha fuerte. Muchas veces nos quedábamos solos cuando no había clientela. Ya tú sabes cómo son esas cosas. La carne pide carne aun cuando a veces sólo nos toque bofe. No sé cómo demonios me enredé con ese dianche del carajo. Lo mejor del negocio es que tanto va el cántaro a la fuente que al fin se llena. Quedé encinta de nuevo. Me nació una chiquilla que, por nacer el día de la Candelaria, se llamó Concepción Candelaria. Vive con sus padrinos, Nino y Delfina Olaya, herederos de una buena fortuna. El pecoso Polín murió en el mar. Al regresar de un mitin político se lo llevó

Canfinfia. Él y otros muchos isleños volvían, de noche, en un clapé desbarandado. Polín, que andaba siempre en güimba, se cayó al agua. Como estaban dormidos, no lo notaron. Sirvió de cuchipanda a los tiburones. ¿Qué tal te agrada mi chicha fuerte? ¿Es buena?

—No tanto como tú, que ya me tienes con ganas de fogear.

—Faustina y las culisas deben estar dormidas. Tu amo Juan Dávila fue a visitar a los Olaya. Ya los últimos clientes se marcharon. Hemos quedado solos. Mi cama es grande. Debes estar cansado. Apago, cierro y bendecimos el sagrado pan nuestro de cada día.

Desde esa noche, Juan Durgel se acostaba con Fífila cada vez que la lancha hacía escala en la isla. Logró ganarse su confianza asegurándole que cuidaría de las gemelas, ya que al fin y al cabo era tío de ellas.

Como era un hombre sin escrúpulos, se prestó a toda clase de transacciones con Juan Dávila a quien también ayudaba en el asunto del contrabando.

Algunos sábados, sobre todo en las noches de verano con luna, navegaban con las bellas gemelas a cuyo lado Faustina era una especie de mala vaina según decía Juan Dávila; pero al fin resolvió encomendarle una misión muy importante. La envió a Colón. Faustina debía firmar contratos y comprar los boletos para una regia gira por el Caribe incluyendo Haití.

Juan Dávila había logrado calcular su aventura de tal forma que ese sábado estival había luna, una estupenda luna llena romántica.

—No te preocupes, Fífila —le dijo Juan Durgel a su coima—. Cuidaré a mis sobrinas como Dios manda.

Dispusieron darle la vuelta a la isla.

Juan Durgel preparó las bebidas de ambas gemelas con una buena dosis de narcóticos y también a Juan Dávila le daba su ración de vez en cuando.

Apenas las culisas estuvieron en punto de caramelo, Juan Dávila se llevó a Nanda a su camarote no sin antes advertirle al piloto que, como estaban en un sitio adecuado junto a la orilla, echara el ancla. Luego, le susurro al oído sigue bebiendo y cuida a Tuta. Tú eres su tío. Respétala. Cuando termine con aquélla, vengo a echarme con ésta.

Apenas el patrón se encerró en su cabina con Nanda, Juan Durgel, ya rijoso, se dio un buen atracón de Kamasutra.

Al terminar de leer su Anangaranga, Juan Dávila llegó a popa turulato de sueño. Juancho Hermoso cambió con el de sitio. Fue al camarote y se ayuntó con Nanda que aún estaba rendida. Juan Dávila se quedó dormidito junto a Tuta. No pudo poseerla. Las dos bellas culisas resultaron encinta. De Nanda nació Débora, de Tuta, Goyo. Débora, blanca; Goyo, negro. Lo curioso del caso era que Débora tenía una mancha oscura en el seno izquierdo que le cubría en redondo toda la teta. Decían las malas lenguas que las nalgas de Goyo eran rosadas como las de un mandril. Por eso lo apodaban Culo'e mono, pero era pura infamia carente de verdad.

Juan Dávila expulsó a Juancho Hermoso y, en su lugar como piloto, empleó al dipsómano Ceferino Olaya por propia conveniencia pues quien de veras manejaba los bienes era la hermana de Chinino, Delfina, con quien el Ñopo ambicionaba casarse.

Las gemelas iniciaron su gira con Faustina y los niños. Desde Haití en adelante siguieron solas y lograron triunfar en Nueva York. En los teatros de Broadway se hicieron famosísimas bajo los nombres clásicos de, Kamasutra y Anangaranga, bailarinas hindúes. Luego, triunfaron en París. Al regresar al fin a Norteamérica, en el **Titanic**, no se supo más de ellas.

Faustina, que hizo muy buenas paces con los Durgel de Haití, vivió en ese país varios años con Goyo y Débora. Aprovechó ese tiempo para estudiar vudú y algo de magia negra. También fue allí donde aprendió a partear y a hacer abortos. Entre la numerosa prole de los Durgel, Goyo jugaba con un primito suyo llamado Paul Durgel quien ya cantaba en un coro de la iglesia pues tenía bella voz y hasta deseaba hacerse cura.

## VII

### Marino abanderado del carnaval

Como era de esperarse, Marino Olaya se hizo el orejisordo y, desde luego, no fue ni a develar el monumento ni a apadrinar las bodas. Sabía que hubiera sido una imprudencia presentarse en la isla después de lo ocurrido. Sólo dijo que posponía la fecha. Para el día de San Blando o acaso para cuando repiquen duro, según los comentarios callejeros de Faustina, Cucho y María Palito.

La estatua fue cubierta con unos paños blancos, o sea, las mismas tiras de zaraza bogotana que habían servido para los respectivos letreros de BIENVENIDA AL PRECLARO HIJO DE LA ISLA. Quedó tan bien vendada que parecía una momia egipcia. Siguió así varios meses mojada por la lluvia, cagada por palomas y meada por los perros. En las noches de luna resplandecía macabra como un espectro. Las madres la cogieron de cuco para asustar a sus mocosos. El Ñopo dijo que a lo mejor la estatua se echaba a andar a la hora del espanto como ocurría en cierta leyenda sevillana que refería la historia de un gran comendador cuya estatua sepulcral fue invitada a cenar por un rufián y en castigo se lo llevó al infierno coño por haberse burlado de los muertos. Mucha gente de la isla aseguraba haber oído a altas horas de la noche los pasos de la estatua.

El pánico comenzó a difundirse. Ladera aconsejó que descubrieran el monumento para evitar que siguiera propagándose el miedo. Los ediles no estuvieron de acuerdo con esa simple solución del problema, pues el acto quedaría deslucido sin el debido ritual y los discursos.

Tras una larga discusión, el Concejo decidió distinguir (y al mismo tiempo engatusar) a Su Excelencia Marino Olaya, declarándolo abanderado de las próximas fiestas del Carnaval. Se nombró de inmediato una comisión

formada por Felipe, Zósimo Chen, Fula Cañango y Min Sierra quienes serían los encargados de entregar en las propias manos del Ministro la invitación correspondiente advirtiéndole que el Municipio correría con los gastos de la fiesta y que la misma comisión iría a buscarlo y escoltarlo hasta la isla para el gran baile de disfraces que iba a tener lugar en la plaza donde campeaba el monumento en cuyos cuatro costados tiras blancas enormes dirían con letras rojas ¡VIVA EL TOLDO MARINO OLAYA!

Para estar bien seguros de no perder la lancha Felipe, el Fulo y Zósimo se pusieron de acuerdo con José Calandraca y se embarcaron con él en su chalupa, pero al desembarcarlos en la ciudad les dijo que tenía el compromiso de volver a la isla con los músicos de modo que no olviden, si no alcanzan la lancha, que yo zarpo a las siete de la noche porque hoy sábado va a inaugurarse el toldo lo cual debe efectuarse con la música aunque sea sin Marino.

La Nena los recibió con tragos, aceitunas, jamón y queso.

—Marino les tiene una sorpresa. Beban y escuchen música. No olviden que hoy es sábado de Carnaval. Diviértanse mientras Marino se prepara.

En ese instante oyeron que alguien tocó a la puerta.

La Nena abrió, ¿qué quiere?

—Soy el fotógrafo y estoy apuradísimo

—¿Nos van a retratar para la prensa? —indagó Zósimo, radiante.

—No —repuso la Nena—. Marino es el que quiere una foto.

—¿Más de las que han salido en los periódicos hoy?

Marino apareció en ese instante disfrazado de rey o más o menos.

—¿Qué tal me queda este indumento? —dijo—. Como mañana inauguramos la estatua creí oportuno vestirme para el baile de esta noche tal como está el ilustre personaje del monumento.

—Sí, claro. Te has trajeado de Felipe el Hermoso —dijo indiscretamente el Fulo.

Y acabó de meterla diciéndole a la Nena:

—Usted, señora, será Juana la Loca.

La Nena, poco ducha en historia, se quedó como en baba.

—No seas ingenuo, Fulo —dijo Marino—. Me regalaron esa estatua porque nadie sabía qué hacer con ella. Por eso la isla podrá lucir ahora un monumento de tal categoría. Las efigies que la historia conserva de muchos grandes héroes del pasado son en su mayoría imaginarias. Lo que a nosotros nos conviene es Pizarro porque él zarpó de la isla con Almagro para la gran conquista del Perú. De manera que mañana domingo lo que inauguraremos será la estatua de Francisco Pizarro. Toda la historia está llena de mentiras y en el meollo de cada mito sólo hay ficción, patraña, infundio. La estatua ecuestre de uno de nuestros héroes es, en verdad, la de un francés. Lo único auténtico fue el trueque de cabezas. Quiero fotografiarme con esta indumentaria tal como está sentado el personaje del monumento.

Tras una larga pose brilló por fin el fogonazo del **flash**.

Felipe, que era del mismo porte del Ministro, disfrazóse con el regio atavío y se tomó también una foto. Marino le ordenó al tipo:

—Tráeme las copias a más tardar el lunes. De cada una me haces una docena, que quiero cancelarte enseguida. Por más seguridad, las de él envíasalas directamente a la isla. No hay quien no lo conozca. Basta que las dirijas a su nombre, Juan Felipe Durgel.

Al marcharse el fotógrafo, Zósimo expresó sus temores con respecto a la lancha tratando de apurar a la Nena para que se vistiera.

—Ella no irá —dijo Marino—. Mis hijos quieren ver los desfiles, las comparsas y los distintos carros alegóricos. Afortunadamente pueden verlos desde nuestro balcón que es bien amplio. Tenemos tiempo de beber varios tragos antes de dirigirnos a la lancha.

La Nena les puso en el balcón una mesita con whisky, hielo, sodas y varias sillas.

De vez en cuando pasaban por la calle comparsas y camiones con gente alegre que cantaba y reía.

La alegría callejera y los tragos, al animarlos, les hicieron olvidarse del tiempo.

Recordaron las juergas juveniles y aun los casos en que Marino no había cumplido con la isla.

—La de los sacos de cemento no tuvo nombre —dijo Felipe.

—¿Me echas a mí la culpa? También el Municipio y todo el pueblo pecaron esa vez de mangajos.

Agradecido por el reciente triunfo, el Presidente donó el cemento para el nuevo edificio de la escuela. Colocados en forma de pirámide los sacos, que eran muchos, esperaron al sol y a la intemperie mientras Marino, en ceremonia especial, acompañado de las autoridades civiles y eclesiásticas además de maestras y los coros de niñas, se decidía a cumplir con el deber de colocar la primera piedra.

Marino posponía siempre la fecha y el verano pasó.

Con las primeras lluvias, bajaron los cangrejos. Por las noches muchachas y muchachos, equipados con lámparas, brujuleaban por los alrededores de la escuela recogiendo cangrejos para sabrosos guachos.

Mojados sistemáticamente por las aguas y resecaos por el sol, los sacos de cemento se volvieron una pirámide de piedras, que la prensa llamó, con sumo acierto, el monumento a la desidia.

—Vámonos ya, que es tarde —advirtió Zósimo.

—Tienes razón —dijo Marino—. Si ahora no cumplo, el pueblo me excomulga.

La Nena le entregó un envoltorio con el disfraz.

—En la isla tienes ropa de sobra y utensilios de baño. No necesitas nada más. Diviértanse.

En las calles, el tránsito, la algazara y el júbilo de Momo les impedía movilizarse con la prisa y el ritmo que la falta de tiempo requería. Para colmo de males, Marino se obstinó en comprar bebidas de diversa tonalidad etílica y municiones de boca. Al mismo tiempo, rodeado por los copartidarios que topaba, no tenía más remedio que alternar un instante con ellos en las cantinas, obligando a Felipe, al Fulo, a Zósimo y a Min a trasegar alcohol a tutiplén.

Claro, al llegar al muelle, la lancha había partido

—Tenemos tiempo de alcanzar la chalupa de José Calandraca.

Rumbo al embarcadero, las comparsas y el alocado tránsito los obligaron a hacer rodeos larguísimos a causa de los cuales casi avanzaban contra el tiempo.

La insistencia de Marino en detenerse a brindar en diferentes cantinas alegando pretextos baladíes les hizo comprender claramente que a él la isla le importaba un carajo.

Al fin llegaron.

—¡Coño! ¡Qué vaina! —dijo Zósimo.

La chalupa también acababa de zarpar.

Trataron de alquilar otro velero o una gasolinera, pero todo fue inútil, pues la ausencia de la tripulación hacía difícil cualquier entendimiento.

En uno de los bares cuyo dueño era amigo de Marino, dejaron consignados los paquetes y siguieron bebiendo de todo en todo y de cantina en cantina, entrelazando jumas y gomas. Como en un círculo dantesco, el diabólico carrusel del carnaval los obligó a girar en su vorágine guiados por una brújula sin Norte.

Con la ceniza del **memento homo** sobre la frente Felipe, Min, el Fulo y Zósimo se embarcaron el miércoles definitivamente turulatos rumbo a la isla.

Bajo el brazo, Pipe llevaba un envoltorio.

Era el atuendo de Felipe el Hermoso.



## VIII

### Funeral de las burlas

Cuando volvió del trance angélico, sintió un fuerte dolor en la cabeza y se dio cuenta de que sangraba. Se había salvado de milagro debido a su habitual precaución de ligarse a la cintura una soga. Lalo Moyo le echaba agua en la herida de la frente. Oscurecía pero en la suave penumbra de la ensenada distinguió al **leviatán**. Daba trallazos con la cola en el agua y echaba al aire su vaporoso surtidor. Al escuchar aquel diabólico alboroto, Betín no pudo más e imaginó que en vez de ángeles serían engendros demoníacos los que vendrían a conducirlo no al celestial imperio sino a las puertas del Infierno.

Se zafó de la cuerda y huyó hacia el pueblo sin escuchar a Lalo Moyo que, al darse cuenta de que dejaban el encargo, prefirió regresarse y le gritaba:

—Sigue adelante. No te preocupes por la jaba. Yo llevaré las frutas para las monjas de Malambo.

Betín llegó acezante a la cantina. Antes de ir a su casa prefirió echarse un trago para entonarse y cobrar ánimos.

Felipe, el Mogo Tin, Fulo Cañango, Beto Cárcamo, Serafín del Carmen, Mingo Segura y otros que allí chupaban no pusieron en duda que se hubiera caído del árbol. Tenía manchada la camisa por la sangre que le manaba de la frente. Pero, al fin y al cabo, según decía Felipe, la cosa no era para tanto espaviento. Sólo un leve rasguño superficial.

Alberto Dávila, que no era bueno para el trago y se jumaba con gran facilidad, se echó de un solo guaracazo lo que Chompipe le ofreció. (Le supo a diablos. ¿Qué sería?) De todos modos deseaba demostrarles que

aunque ellos siempre lo habían menospreciado, no era un cobarde. Se sentía tan valiente como el San Jorge vencedor del dragón cuya imagen de yeso descolorido campeaba en la recámara de Malala. ¿Por qué aquellos incrédulos dudaban de lo que para él significaba la más escalofriante aventura de su existencia? Sobre todo por lo que ella atañía a la religión. Los pecadores debían regenerarse y hacer penitencia. No podía ser más clara la profecía del reverendo Padre Jesús Medina. Finalmente había llegado a la isla el leviatán.

—¡Ya deja de joder! —Sin darse cuenta, Felipe ha comenzado a sentir celos por no haber sido el héroe de aquella fabulosa aventura que va adquiriendo visos de ser auténtica—. Te conozco muy bien, Betín. Eres miedoso. Tu sola sombra te aculilla. Seguramente los murciélagos comedores de fruta te rozaron el rostro chillando y te caíste del árbol de puro susto. Te salvaste en un pelo. Casi te lleva la pelona, pero alégrate, porque aún no te tocaba. Nadie se muere la víspera sino el día. Mejor, olvídalo y échate un trago más.

Alberto Dávila siente que tiene el cuerpo magullado. Se limpia el rostro con la manga. Ve entrar a Papa Chente a la cantina. ¿Qué querrá? Trae mala cara. ¿Se habrá muerto Malala?

Vicente Barcía se detiene; se apoya en el bastón con ambas manos y mira inquisitivo a Betín que respeta por serle tío y padrino. Betín recuerda que, de niño, tía Lala lo obligaba a arrodillarse frente al padrino en procura de la tradicional bendición con aquello de bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar, cosa que no agradaba a Papa Chente quien de manera displicente solía decirle levántate, pendejo.

—Ya la lancha partió —dice el anciano—. María Adelaida pudo irse con su jaba de frutas. Lalo Moyo nos habló del percance. Gracias a Dios que no fue nada grave. Según parece, lo que vieron pudo haber sido un cachalote.

—Nadie quiere creerme —Betín, que ya dudaba de su propia visión, cobra, nuevo ánimo.

—¡Vamos a verlo! —grita el Fulo Cañango.

—Es inútil —advierte Papa Chente—. No queda rastro del cetáceo. Algunos noveleros corrieron con arpones para matarlo, pero logró ponerse a salvo. Tal vez flotó ayudado por la creciente.

—Sigo sin aceptar esa patraña —gruñe Felipe despectivo

Papa Chente se sacude la barba. Parece estar nervioso. Va a retirarse. Sin mirar a Felipe, más aún, ignorándolo, agrega:

—No es nada nuevo en la isla. Cuando yo era muchacho, también quedó varada una ballena en esa misma ensenada. Bien grande. No hubo quien no acudiera con arpones, machetes, cuchillos y escopetas. Hasta los niños y las mujeres fueron a ver y se formó un alboroto del carajo. Nadie quería quedarse sin herir, sin cortar, sin arrancar su presa. Fue una fiesta de sangre y una faena de mil diablos. Le sacaron la grasa y el aceite. De las tetas le salían ríos de leche. Las muchachas se la untaban por todo el cuerpo. Dicen que es buena para la piel. Se emborracharon de matanza y hasta altas horas de la noche seguían bailando con antorchas y lámparas. La misma fiesta se formó cuando tras un ciclón cayó una lluvia de peces en un llano lejos del mar. La gente creyó que era un milagro porque eso fue cuando la guerra civil. Teníamos hambre. Rezábamos pidiendo misericordia para que Dios nos ayude. Lo cierto es que esos peces los arrojó una tromba marina. El cachalote que entró de golpe en la ensenada y escapó como por arte de magia parece cosa del demonio por la oportunidad con que nos ha visitado en lugar del párroco. Tal vez sea una advertencia de Dios. En mis tiempos las cantinas cerraban. Nadie se emborrachaba el Viernes Santo. Si yo fuera el alcalde los metía a todos en la cárcel. Lo que hacen es una irreverencia. Su Ilustrísima tiene razón. No merecemos en la isla un sacerdote. La procesión se quedará en la iglesia.

—Tenemos que sacarla contra viento y marea —dijo Felipe.

—No sigas desafiando la ira del cielo.

Vicente Barcia se dirige a la puerta. Los golpes del bastón sobre las tablas del piso suenan con ritmo lúgubre. Ya a punto de salir, se vuelve, señala con el dedo a Alberto Dávila y les dice:

—No te olvides que tu mujer se está pariendo y que tía Lala está en peligro de muerte.

Alberto Dávila no puede resistir la tentación de beber, de demostrar que es todo un hombre. Ahora ya nadie puede poner en duda la profecía del reverendo. Y a quien le pique que se rasque.

Felipe, que no perdía ocasión de hacerle bromas y canalladas a Betín, había mezclado diferentes menjurjes cuyos efectos detonantes no habría

podido resistir cualquiera de los más avezados chupateros de la isla, con lo que desde luego, muy poco le faltaba a Alberto Dávila para estar fuera de combate.

—Ya está bueno —le dice Beto Cárcamo.

Pero Felipe está en su punto de ebullición. Íntimamente desea vengarse de Betín, de Papa Chente y aun también de Milagro que no quiso aflojármelo después de lo del cura.

Se sienten en la calle raros cánticos y rumor de oraciones. Todos salen curiosos a ver qué es lo que ocurre.

Varios adolescentes van tras un anda portada al hombro por cuatro de ellos más robustos y fortachones. Es nada menos que el paso del Sepulcro con profusión de flores y velas encendidas.

Era habitual el uso de procesiones infantiles la semana siguiente a los días Santos, tradicional costumbre por medio de la cual niñas y niños simulaban los diferentes pasos de la Pasión con muñecas disfrazadas de Vírgenes y de otras conocidas imágenes evangélicas.

Como no había llegado el sacerdote, la procesión del Viernes Santo no iba a salir lo cual tenía indignado a todo el pueblo.

En señal de protesta, varios traviosos jovencitos habían resuelto sacar un simulacro grotesco de las diversas efigies del ritual.

El anda que pasaba en ese instante tenía todos los visos de ser un bien estrafalario Santo Sepulcro. Cuatro robustos mocetones transportaban sobre rústicas angarillas, entre flores y velas encendidas, a un truhán semidesnudo que hacía de Jesucristo. Otro, ataviado de soldado romano, con lanza, casco y armadura, imitaba los aspavientos que en su papel de centurión espectacularizaba Cairote. El que fungía de cura cantaba latinajos con la gangosa voz de Papa Chente. Quienes seguían tras el cortejo coreaban las respuestas como en las letanías.

—**Dominus vobiscum.**

—**El culo te lo peñiscum.**

Los que ya habían salido de la cantina, al ver aquello, celebraron la broma riendo a sus anchas; pero Betín, ya ebrio del todo, se sulfuró al